

pueblo? ¿Qué se necesita para deslumbrar y persuadir á la mayor parte de los hombres?

Un tono vehemente y patético, expresivos gestos, palabras rápidas, fulminantes y sonoras: pero si se trata de aquel corto número de personas dotadas de exquisito gusto y delicado tacto, para quienes vale poco el tono de la voz, el vehemente accionado y la vana inflexion de las palabras, ya entónces se requieren pensamientos y raciocinios; ya es preciso entónces saberlos presentar, y á más, saberlos variar y coordinar (1)." Hablando, pues, con la limitacion que es conveniente para no proparse á ideas exageradas, y por lo mismo erróneas, puede decirse que el orador académico establece en este lugar las diferencias más características entre la elocuencia de los antiguos y la de los modernos, principalmente en las últimas pocas. El pueblo siempre es pueblo; pero es preciso convenir en que creencias más uniformes, más consecuentes, más bien relacionadas con la inteligencia, y una civilizacion más depurada y mejor difundida,

(1) Discurso pronunciado en la Academia Francesa, el día en que fué recibido socio de ella.

didada, han dado aún á la elocuencia popular un carácter menos vehemente, pero más culto, y sobre todo más demostrativo.

Hablando de la elocuencia tribunicia y forense, de la elocuencia parlamentaria y de nuestro género exornativo, poco debemos empeñarnos en probar que ha mejorado notablemente la institucion. Se advierte que á medida que los Estados son más cultos, la imaginacion y las pasiones obran con más aplomo en la elocuencia, y si se ha perdido mucho de las fuertes vibraciones del corazon, se ha ganado más, en verdad, exactitud, conveniencia, justicia y utilidad. Los intereses más caros del individuo y de las naciones no pueden ya sostenerse con solo el poder de un orador célebre: hay más, la misma celebridad corre mucho riesgo, si no descende al terreno de lo positivo, ni transige con los intereses y las exigencias frias, por esplicarme así, pero estrechas y urgentísimas de los pueblos. Hechos y consecuencias, hé aquí la elocuencia moderna: obras y no palabras, hé aquí el tema universal del cristianismo.

El principio católico se halla, pues, de acuerdo con los intereses de la sociedad: su influjo

alcanza hasta á los que más le combaten; y si la elocuencia profana es más fecunda en verdades, más sólida en pruebas, más sóbria en el uso de las formas, más recatada en las costumbres, y más medida en las pasiones, demos las gracias, por ventajas tan positivas, al gran principio católico, único que pudo regenerar en todo sentido la sociedad. Mas la elocuencia moderna, cercenando mucho á la imaginacion y á las pasiones, ha dilatado prodigiosamente la esfera de su accion, dando mayor extension á su objeto y generalizando el interés de sus resultados. Dirigios á la antigüedad: recorred las arengas de Isócrates, Esquines y Demóstenes; los discursos de César y Caton, y la galería de obras maestras oratorias que legó á la admiracion de la posteridad el genio del orador romano. Yo admiro con vosotros la perfeccion de tantos grandes modelos; pero pregunto: ¿conservan este carácter para nosotros? ¿Hay en todo esto la extension, universalidad, verdad, etc., etc., que requiere la sociedad moderna? Señores, esta perfeccion oratoria es histórica, no nos cansemos, pero no es esencialmente social, no es rigurosamente científica; porque relativa siempre y del todo á ciertas situaciones de la sociedad, no podria adaptarse con fruto, y aun sin ridículo, á nues-

tras juntas deliberantes, á nuestras relaciones diplomáticas, á nuestro interes por lo positivo en la grandeza del talento y del heroismo, á la fria severidad de nuestros magistrados. Yo no presentaré gran pábulo á vuestra sensibilidad en una galería de oraciones vehementes y apasionadas sobre puntos y objetos singulares; pero abriéndoos los fastos de la elocuencia moderna, enumeraré las academias é institutos científicos, os haré notar el paralelismo de la imaginación, el raciocinio y el sentimiento en la elocuencia académica; llamaré vuestra atencion hácia todos los códigos, fijándola muy particularmente en los últimos que se formaron en Francia, y por fin, prescindiendo, por no ser prolijo, de citar uno á uno á los oradores modernos, me convertiré con vosotros hácia esa region inmensa, donde la elocuencia moderna en todos sus ramos pasea delante del mundo su vuelo magestuoso y tranquilo, encadenando ménos la admiracion que el reconocimiento de todo el género humano. Verdad es que los abusos siguen tambien la razon de la sociedad; pero no ignorais, señores, que las declamaciones frenéticas de la tribuna revolucionaria no se recuerdan sino para maldecirlas, y que el desentono de la palabra que ha consagrado algunas veces nombres funestos en la

boga del momento, no ha sido parte á salvarlos, ni á ellos ni á sí, del desprecio de la posteridad.

No me propongo fijar vuestra atencion en la elocuencia sagrada: sus caractéres inimitables, su accion inmensa, su poderío divino, su influencia irresistible, su fecundidad infinita, no son para tocarse rápidamente; mas por fortuna tampoco exigen demostracion. Sin deciros pues, otra cosa, sino que en el púlpito, en los libros, en los consistorios, en los concilios, y tambien en las asambleas deliberantes sobre objetos de su resorte, ha dado pruebas irrecusables de su grandeza, y ha formulado aun en el orden profano la verdadera elocuencia moderna. Paso desde luego á deciros algo sobre la poesía y las bellas artes.

Sin duda alguna, señores, que si hay un ramo en que las más bellas facultades de nuestro espíritu campeen con mayor soltura y desembarazo, y obren con una libertad casi ilimitada, este ramo es la poesía. Desde los tiempos en que la severa crítica del clasicismo habia dado un código á la imaginacion y al ingenio, ya se veia consignada, como un derecho incuestionable, la omnínoda libertad concedida por el buen gusto

á los pintores y á los poetas. Ni el orden lógico, ni la sucesion histórica, ni aun la verdad absoluta, eran cosas exigidas en sus obras; pero atendiendo al comun objeto de todas las producciones humanas, siempre se creyó que era una ley imprescriptible la moral, así como tambien la verosimilitud. Bajo el artificio de personajes fingidos, de sucesos inventados y de pasiones supuestas, los poetas han tenido el deber de pintar y mejorar el hombre y de aleccionar, pulir y moralizar la sociedad. Bajo cualquier aspecto que la poesía sea considerada, ella careceré siempre de ob eto, de interes y de gloria, si no parte de la religion, camina por la religion y se dirige á la religion. Y no imagineis, señores, que al explicarme de esta suerte, intento traer á la Iglesia toda la poesía, ó desconozco interés en la que no sea sagrada, ó proscribo las muchas y diversas especies en que los maestros del arte han distribuido la poesía profana. No: quiero que este bello timbre de espíritu humano no se condene á sí mismo á la penosa esterilidad de un talento, que léjos de contar con el noble estímulo y estro sublime de la religion, se esfuerza por sacudir el saludable freno de la moral. Mi asunto es vasto, señores; pero sujeto por la ley de un discurso, donde no entra, sino como una

pequeña parte, á ocupar un lugar estrechísimo, no me permite, sin duda, el más pequeño desarrollo, cuando por otra parte se complica de una manera tan cardinal con las más célebres cuestiones de nuestro siglo.

Si se trata, señores, de la naturaleza física pintada por el genio, y magnetizada, digámoslo así, por la imaginación: tened presente que el historiador, el pintor y el poeta vendrían á confundirse en un mismo rango, si estuviesen todos limitados á la muy estimable, pero poco fecunda tarea de describir. Se ha perdonado sin duda al célebre Buffon, que no tenga la exactitud geométrica, por explicarme así, de Lineo, ni el carácter más reposado y filosófico de otros, porque reuniendo al genio de la ciencia el talento de escribir, como edvierte La Harpe, derrama todos los encantos de un bello estilo sobre un escrito que por su clase pertenece más bien al género didáctico. Y si la naturaleza, para valerme de la significativa írase de Juan Andrés, se pavonea de verse pintada por Buffon; ¿cuánto no exigirá del poeta, que no la describe, sino para trasportar el alma con sus primores y sus encantos? ¿Para cuándo se quedarían los bellos contrastes, los tiernos recuerdos, las felices ar-

monías, las relaciones inefables de los tres mundos, si no habian de venir todos á pagar su tributo al maravilloso poder de la poesía descriptiva? Si en este bello asunto no ha de ser la naturaleza un intérprete feliz entre Dios y la primera de sus criaturas, la pesía quedará degradada, y en vez de ser la hija del cielo, tendrá siempre que arrastrarse por el fango de la tierra. Esta necesidad de fé, esta ley del misterio, que parecen inseparables de la inspiración poética, divinizaron la naturaleza toda en los siglos del paganismo, y como si el poeta se hubiese desdeñado de ponerse á nivel con objetos puramente terrenos, despues de haber hecho los honores divinos al primero de los astros, encontró á los dioses en las espesuras de los bosques, en las corrientes de los rios y en el profundo abismo de los mares. ¡Qué triste es la naturaleza, cuando no se halla en relaciones estrechas con nuestros pasados recuerdos, nuestras condiciones presentes y nuestro encantado porvenir! Y ¿dónde sorprender estas relaciones misteriosas y sublimes, si abandonando el pensamiento religioso, extinguimos la antorcha feliz que nos muestra el más bello prisma con que puede admirarse, sentirse y amarse el cuadro magnífico de la creación?

Y ¿qué diré de la poesía lírica, cuando hasta en la misma didáctica exigimos el colorido y el sentimiento, para pagar al poeta los tributos que nos pide cuando descende con su imaginación hacia los objetos exclusivos del raciocinio? La poesía lírica se engolfa toda en el mar inmenso de las pasiones. Ora las pinte para debilitar su poder, haciéndonos temblar á la vista de sus estragos (1), ora las muestre sometidas al imperio del heroísmo, para hacernos admirar el carácter sublime de la virtud (2), su materia son siempre las pasiones: materia indómita, si el genio que la maneja no viene robustecido por la moral y autorizado por el cielo. ¿Querriais, señores, ver ocupada la poesía lírica en enseñar el arte maligno de corromper el corazón, ó en burlarse del poder bajo el pretexto alevoso de suministrar

- (1) La codicia en las manos de la suerte,
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

RIOJA.

- (2) ¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

EL MISMO, EPÍSTOLA MORAL.

antídotos para extinguir la llama de las pasiones funestas?

Bien sé, que ya para desenfrenar las pasiones, ya para estimularlas con remedios aparentes, no es un hecho nuevo la aparición de poetas desvergonzados y escritores prostituidos cuando todavía se entretienen los amigos de las letras con los tristes clamores que partían sobre el Ponto hasta la corte de Augusto, á interesar la clemencia del César con las protestas inútiles de un tardío arrepentimiento: pero también sé, que para oprobio de la civilización moderna, no tiene ya otra retentiva, que la venganza y el despecho, la desmesurada procacidad, la insostenible coquetería y la inmundicia de la musa lírica.

Hablando, señores, de la epopeya, bien supondreis, que sin descender al mecanismo del particular artificio del poema, quiero referirme principalmente al genio que inventa, al talento que fecunda y distribuye, y á la sociedad misma que se franquea tanto al uno como al otro, para que no se pierdan en miserables juegos de espíritu, y agoten en chistosos epigramas ese poder sublime de concepción, que ha hecho la gloria de

Homero, de Virgilio y del Tasso. El talento y el genio desprovistos de fé, podrán sorprender y divertir con el descubrimiento de tales ó cuales relaciones exquisitas, ó con la brillante combinacion de los elementos comunes; pero nunca ennoblecer los sentimientos, elevar el alma, arrobear las potencias y encadenar, por explicarme así, todo nuestro ser bajo el poder irresistible de esas concepciones que sacando al hombre de su propia esfera, se han visto como partos de una razon sobrehumana, y calificado con el nombre de divinas. Sí, señores; aniquilad la fé, y la poesía épica muere, y muere de consuncion. ¿Qué quereis que invente un genio, cuando no cuenta con su fé propia, ni con la fé de los pueblos? La poesía épica, sobre todo, tiende á dominar los acontecimientos, haciéndolos entrar todos con sus respectivas órbitas en ese círculo inmenso que el eterno Geómetra ha trazado al rededor del mundo moral, y dentro del cual giran sin tocarle siquiera, pero sin embarzarse nunca las vicisitudes privadas y las revoluciones desastrosas, la suerte de los individuos y el destino de las naciones. De este fondo comun, que es todo providencial y todo moral, saca sus tesoros la alta poesía; y por lo mismo, mi proposicion queda comprobada, sea que os haga es-

ouchar el canto junto á la corriente del Eulrates ó las márgenes del Símóis; ya os haga recorrer el destruido palacio del viejo Priamo ó las encadenadas ruinas de la antigua Jerusalem. Esa perseverancia en una grandé empresa, no ha labrado nunca la corona del héroe para ceñir las cienes de un ateo, y ese poder de genio, que dejando muy atrás al historiador, levanta las empresas augustas hasta la region de la poesía, no será nunca lo que puede, sino en un espíritu que haya tenido siempre cuidado de ir á buscar lo maravilloso, lo grande y lo sublime en la region del misterio, en los amplios reservatorios de la fé. El historiador podrá ver lo pasado, si se quiere, con los ojos del geómetra, recorrer lo presente con los ojos del filósofo, y fijarse en el porvenir con la prevision del político, pero, señores, reunid en un punto los talentos de Euclides, de Aristóteles y de Platon, y estoy seguro de que no producireis la Iliada, ni la Eneida con los talentos de Tácito, de Ciceron y de César, ni tampoco la *Jenusalén* con todo el poder científico de Galileo, con el talento crítico de Muratori, y la sagacidad profunda y maligna del célebre Maquiavelo. Se necesita algo más; se necesita genio, gusto, teatro y fé; y estas cuatro cosas se hallan de tal suerte sometidas á un

círculo común de necesidades, que nada puede conseguirse cuando falta una sola de ellas. ¿Queréis un genio sin gusto? Lope de Vega poco tiene que envidiar á los primeros del mundo. ¿Queréis un teatro sin genio? Ahí está la Europa en el tiempo de las cruzadas. ¿Queréis un genio con teatro y sin fé? Citaré aquí á Voltaire, para omitir á otros muchos; siendo de notar, como lo ha demostrado el Vizconde de Chateaubriand que si este poeta no carece de bellezas de primer orden, es porque su incredulidad más de una vez tuvo que sucumbir á la irresistible, á la imperiosa necesidad de la fé.

El poeta puede pintar para prostituir, y en este caso le basta un talento mediano, una alma vulgar, y una sociedad gangrenada; pero puede cantar para encarecer la virtud, crearle adictos y levantarle altares; mas ya entónces necesita de atractivos superiores á los muy irrisibles de las pasiones humanas, y de apagar la sed insaciable de criminales deleites con el néctar delicioso de la moral, ministrado en la preciada copa de oro de la poesía. Si un talento mediocre solo quiere ver heladas fórmulas en ciertas precauciones de los poetas épicos; para despreciarle, basta pensar en el rango que ellos ocupan, y

echar una ojeada sobre las primeras páginas de los poemas que más admiramos en la antigua y moderna Literatura. Muéstranse todos ellos oprimidos desde el principio con el poder de su asunto, y recurren desde luego á iniciarse en los misterios, para conquistar la inspiracion que necesitan. Los alemanes y los ingleses, que no han sido por decontado los más fieles sectarios del elasicismo, nos proporcionan dos nombres célebres, y dos poemas admirados. Milton y Klopstock, la *Mesiada* y el *Paraiso perdido* serán siempre testimonios irrecusables en favor de la fé.

¿Y nada os diré, señores, de la poesía dramática? Ella, bien lo sabeis, hace consistir todo su mérito en encarecer la virtud y corregir el vicio, es decir, en un objeto eminentemente culto y altamente civilizador. El hombre moral, así en su condicion privada como en sus relaciones públicas y sociales, es el reservatorio donde el poeta dramático se fecunda; y el drama no ha decaido, principalmente la tragedia, sino desde que los poetas, cambiando de rumbo y de objeto, y prefiriendo el interés pecuniario al amor de la gloria, y la boga de una sociedad corrompida al sufragio de una posteridad sensata, han querido suplir con la monstruosa y funesta graduacion de